

**SOBRE *LA EDAD DE LA TEORÍA.*
DE TEL QUEL A LITERAL:
EL LADO B DE LOS 70,
DE JUAN JOSÉ MENDOZA**

Martín Villagarcía
Universidad Nacional de La Plata
martinvillagarcia@gmail.com



∞

La edad de la teoría. De Tel Quel a Literal: el lado B de los 70, de Juan José Mendoza; Buenos Aires: Eudeba, 2022; 360 pp.; ISBN: 978-950-23328-4-0.

Desde la aparición de su primer número en 1973, la revista *Literal* se convirtió en un objeto de culto. En consonancia con el panorama internacional representado por la revista francesa *Tel Quel*, *Literal* incorporó al debate nacional las propuestas del posestructuralismo con una particularidad



que la distinguió y sigue distinguiendo: la articulación entre teoría y ficción, cuya frontera se dispuso a desdibujar. En el 50° aniversario de su lanzamiento, la editorial Eudeba publica *La edad de la teoría. De Tel Quel a Literal: el lado B de los 70* de Juan José Mendoza, un libro que profundiza en el mito como sinécdoque de una época.

El interés por la revista *Literal* no es nuevo y parece renovarse periódicamente. En 2003 Héctor Libertella (participante del segundo volumen, que abarcó los números 2 y 3) publicó *Literal 1973-1977* (Santiago Arcos Editor), una compilación de textos de la revista que sirvió para reponer parte del material original en el incipiente estudio sobre revistas literarias argentinas que dio por resultado el Ahira (Archivo Histórico de Revistas Argentinas). En 2011, bajo la curaduría de Juan José Mendoza, la Biblioteca Nacional realizó una edición facsimilar en formato libro de la revista en su totalidad justo cuando estaba a punto de quedar catalogada como inhallable. La participación de Mendoza no fue casual, en tanto esta publicación se enmarcó en su propio trabajo de investigación de doctorado sobre *Literal*, desarrollado entre los años 2006 y 2010. En ese entonces, su tesis llevó por título “Maneras de leer en los 70: el Proyecto *Literal*”. Años más tarde, en 2019, Mendoza ganó el concurso “Libros del Instituto” (una convocatoria para investigadores con sede principal de trabajo en el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires), cuyo premio fue la publicación del trabajo en formato libro. Tras este épico derrotero, llega a nuestras manos *La edad de la teoría. De Tel Quel a Literal: el lado B de los 70*.

Uno de los principales objetivos de *La edad de la teoría* es recuperar el aspecto más literario de los años 70, usualmente recordados sobre todo como una época de agitación social. Según Mendoza, son los años en los que la crítica desplaza a la filosofía como disciplina intelectual e interdisciplinaria para pensar la realidad política y la sociedad, junto con todo un espectro de nuevos objetos de reflexión. Sin embargo, mientras otras revistas radicalizan su viraje, *Literal* se propone modificar el estatuto de los discursos y la manera en que circulaban la teoría y la crítica, incorporando también la ficción. Pero para llegar a ese punto de quiebre, Mendoza realiza un “estado de la cuestión” de las revistas literarias argentinas (*Martín Fierro*, *Proa*, *Prisma*, *Nosotros*, *Los Pensadores*, *Claridad*, *Sur*, etc.) repasando su historia a fin de entablar (y cortar) puentes entre *Literal* y sus antecesoras y contemporáneas, a nivel nacional e internacional. En ese recorrido tres revistas resultan clave: las argentinas *Contorno* y *Los libros* y la francesa *Tel Quel*.

Contorno, por su parte, sienta las bases para una lectura política de la literatura argentina, entendida como una lectura con especial atención al “contorno”, es decir al contexto, en oposición a la mirada inmanente de la crítica filológica más tradicional. Desde este punto de vista, la importancia de la obra literaria radica en su capacidad de dar cuenta de los conflictos de la historia. En este sentido, el gran héroe de *Contorno* es Roberto Arlt, a quien consiguen ingresar al canon literario que lo había mantenido excluido. Sin embargo, este lenguaje es puesto en crisis con la llegada de los 60 y el paso de esa mirada sartriana al psicoanálisis, el estructuralismo y el posestructuralismo. Para Mendoza, esa transición está fielmente representada por la importancia que adquiere *Los libros* a partir de su salida en 1969. Planteada como un antecedente ineludible de *Literal*, ambas comparten el reemplazo de la noción de “literatura” asociada con las instituciones (universidad, suplementos culturales, etc.) por “escritura”, vinculada a la experiencia y el goce que representan las lecturas de Jacques Lacan y Roland Barthes. Habría entonces un horizonte común a fin de subvertir las funciones sociales de los discursos. Por otra parte, *Los libros* establece dos accesos directos a *Literal*. En primer lugar, además de figuras de la talla de Héctor Schmucler,

Ricardo Piglia, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, uno de sus directores fue Germán García, alma de *Líteral* y su indiscutible líder. En segundo término, *Los libros* dio lugar a obras escritas por los integrantes de *Líteral*, como *Nanina* (1968) del mismo García y *El fiord* (1969) de Osvaldo Lamborghini. Por último, *Líteral* entabla un especial vínculo con la revista francesa *Tel Quel*, en tanto se trata del principal órgano de difusión del posestructuralismo, la escuela de la que provienen los principales intelectuales con los que se propone dialogar. En una lectura a contrapelo de las afirmaciones de Sarlo en su libro *Una modernidad periférica*, Mendoza plantea este gesto como una consecuencia “natural” de los procesos de apropiación intelectual. Si las vanguardias de los 60 y 70 (según Fredric Jameson) se producían con los “restos” que el llamado “primer mundo” expropiaba al “tercero” (los movimientos de emancipación y descolonización), no resulta insólito encontrar “restos” de esa misma modernidad en un país latinoamericano.

A su manera, *Líteral* fue un correlato objetivo de las transformaciones planteadas por su contexto de aparición en 1973. Mendoza cita a José de Diego cuando compara la mirada de los años 60 orientada hacia la sociedad, por un lado, y el ojo puesto en la toma del poder de los años 70, por el otro. Así como ese cambio de paradigma tuvo como resultado la radicalización política y el advenimiento de la violencia en la realidad social, *Líteral* se propuso esa misma “toma de poder” con respecto a la manera en que el sistema de la literatura argentina se ocupaba de institucionalizar determinados valores. Una de sus principales operaciones fue borrar los límites entre poesía y narrativa, teoría y crítica, literatura y cultura, psicoanálisis y política, creando así un espacio de cruce, frontera o pasaje. Esto se tradujo en una “ficcionalización” del discurso teórico y una “teorización” de los proyectos literarios de los integrantes de la revista. En esta misma línea, no es posible distinguir claramente los papeles que tuvieron los colaboradores, en tanto alternaban sus lugares como críticos y como fabricantes de ficción.

El programa de *Líteral* desde un principio fue adoptar una posición en contra de la función política de la literatura y la función referencial de los discursos, a favor de un desplazamiento hacia el psicoanálisis. Ante el agotamiento de las alternativas de los “colectivos”, se comenzaron a erigir las trincheras de la subjetividad, afirma Mendoza. Los números se dividían en dos grupos textuales: uno con “tendencia” al ensayo y otro integrado por “extraños” relatos que lindan con lo poético. En todo caso, se trató siempre de poner en suspenso los límites de una y otra disciplina a fin de cuestionar el estatuto de lo literario en la cultura. La dialéctica entre ambas partes se veía enriquecida por la sospechosa ausencia de firmas en el primer grupo de textos y la presencia de firmas en las ficciones. Aunque hoy eso no sea un impedimento para identificar quiénes fueron los productores, resulta interesante pensar cómo esa suerte de “anonimato” fue coherente con el programa de la revista, en tanto era también un gesto de disputa por el poder. Lejos de los “límites” usualmente establecidos para este tipo de producciones, la mayor originalidad de *Líteral* fue mezclar literatura y política, crítica con ficción, una decisión que dio por resultado un nuevo tipo de ¿género? que tentativamente se denominó “cricción”, “crítica y ficción” (Piglia), “escritura textual” (Sollers), “crítica lírica”, “literatura crítica”, “práctica cruzada” (Libertella), “metalenguaje apasionado”, “ficción conceptista” (Steimberg), entre otras posibilidades. De cualquier manera, se trataba de promover una producción de lecturas literarias “descentradas” de los modos de leer impuestos por las instituciones, tal como afirma Mendoza. Y en eso consistía la “flexión” *Líteral*: romper con todo un conjunto de saberes establecidos a fin de “ensanchar” la institución literaria frente a la irrupción de lo literal, aquello que no había sido considerado como literatura hasta entonces.

Este campo de inestabilidad no fue casual y, así como *Los libros* había dado lugar a las publicaciones de sus futuros miembros, *Literal* se presentó como un órgano de operación crítica de las obras literarias de sus propios integrantes a fin de actuar sobre su horizonte de recepción. En este sentido es difícil pensar libros como *El frasquito* de Luis Gusmán, *Sebregondi retrocede* de Osvaldo Lamborghini o *La vía regia* de Germán García sin el dispositivo *Literal* y viceversa. Además de los textos incluidos en la revista, Mendoza se ocupa pormenorizadamente de analizar también sus “paratextos”, las publicidades incluidas y los libros que difundían; es decir, el entorno con el que la revista establecía un diálogo.

A lo largo de su escasa duración, *Literal* capturó fielmente el espíritu de ese periodo clave que va de la aparición de su primer número en noviembre de 1973 (con Perón recién electo por tercera vez como presidente del país) y diciembre de 1977 (en pleno “proceso de reorganización nacional”), un espectro temporal que fue testigo de la ebullición de la pugna por el poder y la posterior disolución de cualquier forma de participación social en el escenario público. “Fechas secuestradas por la política”, en palabras de María Moreno (colaboradora del último volumen), que hicieron de *Literal* una suerte de contrapunto que marcó uno de los tantos periodos álgidos de producción intelectual y cultural en la Argentina inmediatamente sucedidos por un periodo de oscuridad y silencio.